

Institute for the New Chile

AIN - 54

FUERZAS ARMADAS Y TRANSICION A
LA DEMOCRACIA .-

Marcelo Madariaga

Wijnhaven 25.
2e verdieping.
3011 WH Rotterdam.
Phone: 010-122114.
The Netherlands.

Sumario

FUERZAS ARMADAS Y TRANSICION A LA DEMOCRACIA.-

2a. Parte.-

El problema ideológico

I. La ideología militar actual.-

- 1.- Los elementos básicos del pasado.-
- 2.- La doctrina de la seguridad nacional.-
3. La guerra total y la salvación: la guerra de exterminio.-

II. Hacia una ideología democrática.-

- 1.- La desmitificación.-
- 2.- La doctrina latinoamericanista.-
- 3.- La sustitución de la guerra de exterminio por la guerra de salvación social del hombre americano.-

Fuerzas Armadas y transición a la democracia.-

2a. Parte: El problema ideológico

I. La ideología militar actual.-

1. Los elementos básicos del pasado.

La institución militar chilena nace realmente en el siglo pasado y como una copia de los ejércitos europeos. Dentro de ellos fue el Ejército de Tierra una copia del Ejército prusiano y el de Mar, de la Marina británica. De todos modos, como sucede siempre en Latinoamérica, es el Ejército de Tierra el que da la caracterización fundamental a las Fuerzas Armadas, en razón, especialmente de su poderío efectivo.

Es importante, entonces, recalcar que el Ejército chileno se inspira en el modelo prusiano, que es un ejército fundamentalmente nacionalista, producto de la burguesía agraria prusiana, expresión también, por eso mismo de un absolutismo ilustrado y sostén del sueño imperial alemán. Estas características, son también asumidas por el Ejército chileno, que pretende haber construido la nación chilena (lo que sí hizo el Ejército prusiano respecto de la nación alemana), olvidando que la independencia y la constitución de la nación chilena fue realizada por civiles y extranjeros. Así, como asume este carácter de constructor de la nacionalidad, también asume los demás caracteres del Ejército prusiano. Se plantea como un Ejército imperialista-triunfalista, sobre la base de sus guerras contra Perú y Bolivia y contra los mapuches. Recoge el carácter sacral del Ejército en cuanto guardián del soberano, del mismo modo como el Arcángel Gabriel y sus huestes respecto de Dios. Por eso mismo es que se tiende siempre a identificar Ejército y Religión, a consagrar el Ejército, para lo cual la imagen de la Virgen (en este caso la del Carmen) resulta un instrumento útil: con eso se da término a todo el proceso de sacralización del Ejército. Nacionalismo y sacralización son dos columnas fundamentales ideológicas del pasado que sirven de sostén aún hoy día al actual Ejército. Es por eso en lo que

se refiere a la sacralización ha habido, sobretodo en los últimos tiempos ciertas fricciones que en la actualidad se tienden a hacer desaparecer, para reafirmar la institución. La masonería ha tenido una creciente influencia dentro del Ejército, sin embargo, no ha logrado desdibujar este aspecto de él y quizás su existencia fue lo único que hizo pensar a mucha gente de izquierda y al propio Presidente Allende en la constitucionalidad o neutralidad del Ejército. Por eso también, la acentuación del aspecto sacral del Ejército por parte de Pinochet, que además pretende personalmente asumir la función del Gran Inquisidor, lo que a su vez evidentemente ha provocado fricciones entre dicha concepción teológica del pasado con una Iglesia postconciliar y que justamente trata de superar tal concepción teológica. La masonería como el liberalismo no fueron ideologías lo suficientemente fuertes como para no ser arrolladas por las ideologías del pasado, así como el liberalismo y las Logias sucumbieron frente a Napoleón.

Junto a estos dos pilares fundamentales hay algunos aspectos ideológicos del pasado que son también consecuencia de ellos y que tienen un carácter secundario.

En primer lugar, está la idea del líder absoluto y de la verticalidad del mando, que va rodeado de un claro planteamiento teológico que es el de la infabilidad de la orden. No puede ser de otra manera, cuando lo que se pretende es crear como prototipo un sistema de unidad total, de centralismo absoluto, el Ejército prusiano no era sino un espejo de la sociedad que quería construir Otto von Bismarck. El centro de esa unidad era el "caudillo", el jefe natural, en el sentido de la ley natural, esto es, del orden establecido por Dios. Identificación, por tanto, entre Jefe y Dios, por ello mismo traspaso de los atributos fundamentales de Dios al Jefe. El atributo básico para la unidad, centralización y verticalidad no es otro que el de la infabilidad del Jefe, sus órdenes han de ser cumplidas en todo caso. Esto trae consigo otro principio fundamental que es el de la no deliberación del súbdito.

La no deliberación del súbdito, como principio castrense también ha de reflejarse en la sociedad. La deliberación sólo es atributo de Dios o el Jefe, y a lo más, de los Jefes delegados. Hay pues una construcción elitista del poder. Los súbditos no pueden ni tienen el derecho a deliberar, ello iría contra la ley natural. De ahí el ataque que siempre se ha producido en regímenes de esta clase contra los partidos políticos, pues ellos como Lucifer están revelando contra la ley natural y pretenden implantar que todo hombre puede plantearse reflexivamente y saber también qué es lo mejor, Como Zeus los dictadores militares pretenden hacer de los partidos Prometeos encadenados.

Esta sacralización del Ejército implica también el ejercicio de esquemáticos comportamientos rituales. El mantenimiento absoluto de determinadas formas. Dentro de esto entra la afición por los símbolos, en el cual ocupan un espacio fundamental, la bandera, los escudos, los emblemas, los himnos, la música marcial, los uniformes, etc. Juntos a estos símbolos se dan una serie de valores míticos: La patria, el heroísmo, el martirologio, el superhombre etc. Esto también lleva a la acentuación de una serie de instituciones naturales en la sociedad: la familia, el matrimonio, la religión y la propiedad. Además, lleva también consigo un determinado modo de comportamiento social externo: Modales con un rígido código de "buena conducta", presencia exterior "impecable", antecedentes personales "intachables" y en que se aprecia fundamentalmente el origen (rechazo al Hijo natural o ilegítimo). Todo esto tiene por consecuencia el establecimiento de una casta, es el grupo de los privilegiados, son las huestes del Arcángel Gabriel, superiores a todos los demás y por ello con el derecho a gobernar y a establecer el orden.

Como muy bien sintetiza Beltrán: "Entre los órdenes institucionales más sacralizados se hallan las instituciones militares. En todos los países, pese a los cambios y la secularización debidos a las ciencias naturales y sociales, las organizaciones

militares mantienen comportamientos rituales, resabios feudales, verticalidad autoritaria, cierto liderazgo tradicional, un metier exótico, formas dogmáticas de pensamiento, esquematismo en la apreciación de los hechos y otros rasgos singulares que les confieren pautas diferenciales del conjunto social". (pg. 11-12)

2. La doctrina de la seguridad nacional.

Junto a aquellos esquemas ideológicos heredados del pasado y que le dan a la institución militar un carácter mítico, se agrega en el presente la doctrina de la seguridad nacional.

El esquema ideológico mítico resulta farsesco por ser una simple copia del modelo europeo, y el Ejército chileno no había construido ninguna unidad nacional, ni había levantado un imperio, ni tampoco había surgido de la mente de Zeus o de un déspota ilustrado, ni había servido en las luchas religiosas; en síntesis como muchas veces se ha dicho sus oficiales no han ganado sus condecoraciones, que tapizan sus solapas, en los campos de batalla, sino por años de servicio.

Otro tanto sucede con la doctrina de la seguridad nacional, que ha sido impuesta por las necesidades de la política ideológica de los Estados Unidos y no es el producto de las mentes de nuestros generales, ni una necesidad de los pueblos latinoamericanos.

Uno de los aspectos fundamentales es el planteamiento geopolítico. Así el propio Pinochet es "autor" de un libro de geopolítica. La doctrina geopolítica, que concentra su estudio en la ocupación de los grandes espacios, es claramente una doctrina imperialista. Asumida desde antiguo en Chile por la influencia prusiana primero y nazista después, ha sido revitalizada actualmente por los Estados Unidos a través de su doctrina de la seguridad nacional. Con la única diferencia que Chile no es un imperio, ni jamás podrá serlo y que el proble-

ma de los espacios no es la cuestión vital para su pueblo. Esto revela claramente el carácter dependiente de la ideología de la seguridad nacional en Chile y la simple absorción o consumo de la "mercadería foránea".

Otro planteamiento fundamental dentro de la doctrina de la seguridad nacional es el que se refiere a la guerra generalizada y que esté conectado con el anterior. En esta lucha por los espacios mundiales han surgido límites y se ha provocado la división del mundo en dos partes: el Oriente y el Occidente. El occidente representado por Estados Unidos y el Oriente por la Unión Soviética, el Occidente representado por la civilización cristiano occidental y el Oriente por el comunismo ateo. Dentro de este esquema de espacio y de división de espacio Chile y sus Fuerzas Armadas estarían en el Occidente y por lo tanto, inmersos en esta guerra generalizada entre Occidente y Oriente, entre civilización cristiano occidental y comunismo ateo. También aquí se observa con claridad la rigidez de la copia y la dependencia de un esquema superior impuesto. Difícilmente este planteamiento dogmático tiene algo que ver con la realidad de América Latina o de Chile. Este planteamiento de una guerra generalizada no se condice ni con la historia ni con el futuro de Chile, que evidentemente como todos los pueblos del tercer mundo tiene que buscar sus propias alternativas y no someterse a las alternativas de los dos grandes imperios: Estados Unidos y Unión Soviética. Con razón el mayor ataque se ha hecho en contra de todos aquellos ejércitos o naciones que han buscado otra alternativa. Ejemplo preclaro desde el punto de vista de los Ejércitos es el caso del Ejército peruano en la época de Velasco Alvarado. Ejemplo claro político social global es el de Salvador Allende con la Unidad Popular. Es por eso, también, que la doctrina de la seguridad nacional requiere una formación adecuada a ella.

Punto también esencial, entonces, de la doctrina de seguridad nacional es el aspecto pedagógico. Así como en el siglo pasado Europa acogió en sus aulas universitarias a gran cantidad de civiles que posteriormente fuesen los líderes en sus respecti-

vos países latinoamericanos y les sirvieran de instrumento de dominación cultural y económica. Ahora, Estados Unidos frente al planteamiento de una guerra generalizada necesita acoger en sus aulas militares a aquéllos que posteriormente deberán tomar el poder por la fuerza en sus respectivos países y servir, entonces, a los intereses globales de Estados Unidos. La mejor inversión de Estados Unidos ha sido pues, una ayuda militar y en la formación de militares iniciada en los años 1950 en adelante. Por eso, la desconfianza respecto de una formación superior de los militares en el propio país y de ahí también que el único país que claramente mostró algo diferente fue el Perú que tenía justamente un instituto superior nacional para sus militares. Como muy bien ha resumido Robert Mc Namara: "Es posible que los beneficios mayores de nuestra inversión para la ayuda militar resulten del entrenamiento de oficiales elegidos y de especialistas, en nuestros colegios militares y en los centros de entrenamiento de los Estados Unidos y del extranjero. Sus países nombran instructores a esos estudiantes cuando regresan. Son los futuros dirigentes de sus pueblos, los hombres que tienen conocimiento y lo transmiten a sus propias fuerzas.

"No hace falta que insista en la utilidad de contar en las posiciones claves, con hombres que saben por experiencia como hacen las cosas los norteamericanos y como piensan. La amistad de esos hombres es inapreciable."

Otro aspecto fundamental de la doctrina de la seguridad nacional y que surge de todo lo anteriormente señalado es que dado que hay una guerra generalizada que pasa fundamentalmente por una postura ideológica, no sólo hay unas fronteras físicas que defender, sino que también unos límites ideológicos, y por eso no solamente hay un enemigo externo, sino también uno interno. Así, como durante muchos siglos el chivo expiatorio de la guerra ideológica interna fue el judaísmo, ahora han surgido otros judíos que son los "Partidos Comunistas", eufemismo que comprende a todos aquellos que sustenten alternativas progresistas, ya sean cristianos o laicos, marxistas o no marxistas. En verdad, como chivo expiatorio sólo viene precisamente a justificar

la guerra y a darle su carácter de necesidad, sirviendo al mismo tiempo para el objetivo de unidad nacional.

Otro aspecto de la seguridad nacional es precisamente el de la unidad nacional, esto es, el de plantearse linealmente la historia y al hombre americano, como un producto genuino y puro de la civilización cristiano occidental, tratando de eliminar cualquiera fricción o contradicción. Por eso, también el recurso al hispanismo y la madre patria española, como cenáculo de las virtudes cristiano occidentales, y el rechazo al indígena y su cultura. La unidad nacional tiene un sentido instrumental en cuanto es necesario para cumplir los objetivos nacionales, que implican una larga lista, diferente según los casos y las situaciones, y que es todo aquello amenazado por el comunismo internacional. Pero que pueden resumirse en el lema de "Tradición, Familia y Propiedad".

En resumen, la doctrina de la seguridad nacional a diferencia de otro tipo de estrategias militares o de posiciones que han sustentado a otros gobiernos o dictaduras en América Latina, tiene un carácter global y totalizador y es por eso que se la puede equiparar a la del fascismo y denominarse como neofascismo. Su objetivo es comprender a la sociedad toda y a cada uno de sus individuos e insertarlos dentro de una estrategia militar, cuyas características sobrevivientes de antaño y de hoy hemos reseñado, y al mismo tiempo introducirlos en una guerra que le es ajena pero que han de tomarla como propia: la guerra del imperio, la de Estados Unidos.

Esta doctrina de la seguridad nacional que en cuanto a defensa de la civilización cristiano occidental debería constituirse en un gran centro de atracción por la Iglesia y ser asumida por ella, no logra, sin embargo este objetivo en forma plena, como lo demuestra la historia de los últimos años en América Latina. Y ello, porque la Iglesia ve que se trata de objetivos netamente laicos, de intereses exclusivamente económicos de dominación de la nueva Roma y que ni siquiera se tocan con aquellos míticos de antaño, en que el Ejército aparece como el Arcángel Gabriel. Aquí lo que preocupa no es Dios ni el Vaticano, sino

Estados Unidos y el Pentágono. Por otra parte, la Iglesia observa una clara manipulación del ser humano, lo que choca con su doctrina del hombre como fin. Además, esta guerra generalizada le recuerda las cruzadas que sólo le trajeron cismas de la pérdida del poder temporal. En definitiva, la visión globalizadora, también de la Iglesia necesariamente tiene que entrar en fricción con otra visión globalizadora que le disputa su función dentro de la sociedad y respecto del individuo, y a lo más pueden convivir como círculos secantes.

3. La guerra total y la salvación: la guerra de exterminio.

La culminación de la doctrina de la seguridad nacional está constituida por la concepción de guerra total y salvación, que por ello adquiere una cierta autonomía de la doctrina misma de la seguridad nacional. Guerra total significa que se utiliza al hombre en todas sus posibilidades y con todo su ser, pasa a ser un engranaje más de la máquina de la guerra; por otra parte guerra total significa la utilización de cualquier medio y por eso el hombre mismo se convierte en un mero instrumento. El objetivo es la salvación de la civilización cristiana occidental, es decir, de una concepción abstracta y etérea, de algo totalmente acomodable en el espacio y en el tiempo. Un comodín tan útil a Estados Unidos como la doctrina del "orden romano" para la Antigua Roma, ambas completamente vacías de contenido, pero de gran utilidad para los intereses generales y concretos de ambos imperios.

Esta concepción de la guerra total y de la salvación pasan necesariamente, entonces, por la concepción negativa del exterminio del enemigo por los términos dicotómicos y antagónicos de "amigo y enemigo" de "bien y mal", de "bondad y perversión". Y al enemigo, al "mal", a la "perversión" hay que destruirlas, no hay otra alternativa ni se deja otra alternativa.

Esta concepción, se diferencia claramente de la lucha globalizadora de la Iglesia. La lucha de la Iglesia es por la salvación de los seres humanos concretos. Por eso, la Iglesia,

salvo inconsecuencia consigo misma, no puede plantear una guerra de exterminio, lo que se vio claramente en la dicotomía que hubo en la colonización española, entre el guerrero y el cura, y que se aprecia todavía mejor en las diferencias existentes entre la colonización española e inglesa. En ese mismo sentido, aún la propia tortura cumplía una función de redención, de recuperación del Hijo pródigo. Hoy la tortura no es sino un procedimiento más del exterminio para aumentar su carácter ejemplarizador. En modo alguno tiene por objetivo, la salvación o redención del individuo, tampoco el delator se salva, es el inicio o una forma más de su exterminio total, que siempre pasa también por lo físico. Es por eso que consecuencia de esta concepción del exterminio es la forma brutal que adquiere la muerte: los cuerpos son encontrados completamente destrozados, imposibles de reconocer, y las más de las veces sus miembros calcinados y dispersos. Culminación del exterminio es justamente el concepto de "desaparecido". Del enemigo sólo quedó el hueco, el vacío total, el anonimato más absoluto, ni siquiera se sabe si existe o existió, no tiene tumba, no tiene deudos. La caricatura jurídica que completa esto es la doctrina civilista de la "presunción de muerte" que intentó aplicar Pinochet y que hizo efectiva por decreto Videla. En esta culminación de la doctrina de la seguridad nacional es donde se ve con más claridad la diferencia entre la concepción globalizadora del nuevo imperio y de la Iglesia.

II. Hacia una ideología democrática.-

Por lo dicho en el párrafo anterior, aparece claro que la ideología juega un gran rol en la institución militar. Sin ella no podrá comprenderse como dentro de dicha institución se mantienen tantos mitos del pasado, que sirven para su consolidación, y para trascender a diferentes sistemas económicos o formas económicas. El simple análisis de la división en clases o de la división en estructura y superestructura no sería realmente suficiente ni para comprender ni para luchar contra el estado actual del militarismo en Latinoamérica. Base fundamental de él es la ideología y de ahí que también haya de buscarse armas ideológicas coherentes con la democracia para combatirlos. Entre ellas, podemos anunciar como básicas las siguientes: 1.- La

desmitificación; 2.- La doctrina latinoamericanista; y 3.- La sustitución de la guerra de exterminio por la guerra de salvación social del hombre americano.-

1.- La desmitificación.-

Aspecto básico de la desmitificación es todo un proceso de revelación histórica del verdadero rol que han jugado los Ejércitos latinoamericanos y en Chile en particular, destacando sus fallas y cualidades, que no son otras que las propias de la historia de los pueblos en que están inmersos. Destacando especialmente la historia de dependencia del país y sus ejércitos, y así en el Cono Sur, primero del imperialismo inglés y después del norteamericano.

Pero si bien una revelación histórica es importante y en la actualidad se cuenta con una gran cantidad de datos incontables al respecto, como para hacer una verdadera historia sociopolítica y económica de nuestros ejércitos y no una mera enumeración de nombres, fechas y batallas del siglo pasado, más importante y más profundo que ello es el dar inicio e impulso a un proceso democratizador. Esto es, revertir sobre el Ejército todo aquél proceso de libertades e igualdades iniciado con la Revolución Francesa y que no lo ha tocado hasta la actualidad en lo más mínimo. Proceso de libertades e igualdades que aún se observa en el propio ejército alemán que ha sido siempre el modelo viviente para el ejército chileno. Se trata, pues, de hacer carne en el Ejército de toda la democracia liberal burguesa. Un paso más adelante es el de además incorporar los derechos de la llamada social que inauguró la República de Weimar. Esto es, no sólo los derechos que dicen relación con el individuo, sino también aquellos que dicen relación con él como ente social, como ente en un grupo, caso preclaro es el derecho a sindicalización.

Tal proceso de democratización implica necesariamente la libertad de pensar y de opinar y por tanto, el derecho a la deliberación. Ello necesariamente implica su incorporación a toda la vida política, al igual que cualquier otro individuo, se trata de derri-

bar los muros entre el Ejército y la sociedad civil. La deliberación y la participación implican a su vez la destrucción de la verticalidad de los mandos, las órdenes tienen que ser concientemente aceptadas, el mando no puede basarse en una racionalidad extrahumana. Con esto se llega a tocar el punto esencial mítico que es el de la unidad de consagración o sacramentalización divina de los Ejércitos. Los Ejércitos están y forman parte de la sociedad civil, no de un orden diferente, el militar es un ciudadano igual a los demás y que como el obrero, como el intelectual, como el estudiante, como el campesino, como el sacerdote etc. cumple una determinada función dentro de la sociedad.

Lemas de esta ideología tienen que ser libertad e igualdad dentro de los cuarteles y fuera de los cuarteles para el ejercicio de todos los derechos tanto civiles, políticos como sociales.

2.- La doctrina latinoamericanista.-

Los ejércitos latinoamericanos y en especial el de Chile deben tener como base no una doctrina imperialista como es la doctrina de la seguridad nacional originaria e impuesta por Estados Unidos, sino la doctrina de la conformación de la unidad latinoamericana. Esto es, los Ejércitos latinoamericanos no tienen un imperio que defender, ni el mundo está dividido en dos para ellos. Hay un mundo, por el contrario, a construir, el mundo americano. Por ello, función fundamental de cada ejército es también la defensa de cada una de sus naciones respectivas, que van a constituir el aporte insustituible en esa nueva alternativa que es el mundo americano. Ese mundo no es un simple remedo del mundo europeo, ni en modo alguno se puede encuadrar dentro del vago concepto de civilización cristiano occidental. Sus raíces están allí y son innegables, el indio aparece en todas partes y cruza su historia, la geografía es también parte de su ser y se refleja en sus luchas. Latinoamérica es una alternativa diferente y en su construcción habrán de participar también los Ejércitos, misión que desde Bolívar ha quedado inconclusa y que los Ejércitos latinoamericanos tienen también que asumir, y en las que les cabe un importante papel. Latinoameri-

canismo y estrategia militar no son conceptos opuestos en modo alguno. Frente, pues, a la doctrina de la seguridad nacional hay que construir la doctrina de la alternativa latinoamericanista.

3.- La sustitución de la guerra de exterminio por la de la salvación social del hombre americano.-

Planteado que la doctrina fundamental de nuestros pueblos y por ello también de nuestros Ejércitos es la del latinoamericanismo, evidentemente la función en la construcción de la comunidad latinoamericano no puede ser la de exterminio sino la de recuperación. Se trata de la segunda independencia y así como los Libertadores intentaban salvar a sus conciudadanos y recuperarlos para la causa en contra del enemigo exterior también la estrategia militar tiene que ser la de recuperar al hombre americano para la construcción de su sociedad y defenderlo de los imperios, defenderlo del enemigo exterior. De lo que se trata pues es de recuperar al hombre concreto y a las sociedades concretas, con sus bagajes culturales, políticos y económicos. Se trata de redimir al hombre americano del infame yugo que ha soportado durante varios siglos, de liberarlo de la dependencia a que ha sido postrado, de construirle un nuevo horizonte. En esa dimensión tampoco puede faltar el soldado y allí conquistará medallas no por los años de servicio en un escritorio, sino por la construcción de un mundo nuevo y mejor, de una nueva alternativa democrática y liberalizadora, autónoma frente a cualquier imperio o dependencia ideológica.

BIBLIOGRAFIA

- Beltrán, Virgilio Rafael: El papel político social de las Fuerzas Armadas en América Latina. Monte Avila Editores. 1970. Caracas.
- Comblin Joseph: El Poder Militar en América Latina. Ediciones Sigueme. 1978. Salamanca. España.-
- d'Orsi Angelo: La Macchina Militare. Feltrinelli Editore. 4a. Edición 1976. Milano.
- D'Alessio y Pecchioli: Editori Riuniti. 1979. Roma.-